

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.
Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.
Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.

**PRECIOS.**

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,
AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El claro día y la oscura noche, por Fernán-Caballero.—*La vuelta de las golondrinas*, poesía, por D. José Lamarque de Novoa.—*El Pilar de los ángeles*, por D. Joaquín Tomez y Benedicto.—*Madrigal*, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*Pobres ángeles sin madre!* novela, por doña Rogelia Leon. (*Conclusion.*)—*Con sangre el honor se venga*, por D. Julian de Castellanos.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—Esplicación de la lámina de tapicería, por doña Adelaida Montagnol.—*Variaciones.*

Pliego segundo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

EL CLARO DÍA,

y

LA OSCURA NOCHE.

Á unos da la voz noche espeluznos, y á otros inspira y eleva la mente; pero, por más que digan sus apasionados, la noche es fea á todas luces, y sin luces más fea todavía. Nosotros vamos á maldecir de

ella, pues esto no está prohibido ni espuesto á denuncias, en vista de que ni la Osa mayor ni la menor, ni el lucero del alba, se cuidan de que motejen su dominio. Este pensamiento, que me he hallado por casualidad, se podría ampliar; pero los limones sin esprimir, las minas sin esplotar, y los pensamientos sin ampliar, tienen más valor, y además las ampliificaciones suelen ser á los pensamientos lo que el agua al vino.

La noche no es solamente fea sino horrible; es un pedazo del caos que se agarró al globo, y que sin querer desprenderse anda huyendo del sol como un facineroso de la justicia.

Dios le dijo á la luz que fuese, para chasquear al caos y á las tinieblas. Los filósofos en cambio han vuelto á crear el caos y las tinieblas en las ideas por chasquear á la claridad.

No tenemos presente ni queremos recordar las cosas que á los poetas nebulosos ha inspirado esta nueva Etiope, cuyo Parnaso es un calabozo, y cuyo templo es aquel que labraron sin ventanas unos aldeanos, queriendo despues introducir en él la luz á esportones.

Esto es otro pensamiento que se puede ampliar y aplicar; pero no lo haremos, porque los poetas nebulosos, astros sublunares de la musa Etíope, no son tan tolerantes como los superlunares.

En cuanto á nosotros, lo que generalmente hemos visto inspirar á esta triste antagonista del día, es: miedo á los niños, horror á los enfermos, audacia á los ladrones, determinación á los malvados, á los vientos coraje, á los aguaceros bríos, á la mar braveza, y á todos los insectos que se nutren de la contribucion de sangre desvelo y ansia devoradora. No intentamos formar causa criminal á esta, ya que no cómplice, encubridora general de todas las maldades, sino sacar á luz lo que en sus sombras oculta, así como queremos ensalzar á su antagonista la claridad del día, hija del sol de Dios, ese brillante sol, cuyo nombre con tan buen acierto se aplica como epíteto y glorificador á la suma belleza, santidad y sabiduría.

Por más que diga el poeta alemán Göethe, que es su apasionado, que cada día tiene su tormento, y cada noche su descanso, no nos convence ni nos reconcilia con esa fría y callada Reina Melchora por más que seduzca á los poetas nuestros, y al ruiseñor, que es el de los pájaros á cantarla, por más que salpique su manto real con lentejuelas. Lo solo que puede presentar la noche en su abono es el que le acompañan dos hermosos desposados, la Soledad y el Silencio con su hija la Paz, tres deidades que adoramos, pero es de día, con sol, y aunque sea con moscas.

También trae por paliativo á su hipocondría el sueño que nos concede para refugio contra las horas muertas que envuelve en su negra mortaja. ¡Dormir!—¡dulce y blando descanso del agitado y penoso vivir!—Ojalá que, así como queda inerte en el sueño nuestro cuerpo lo quedase también nuestro espíritu! Entonces sin ver horrores verdaderos ni imaginarios nos hallaríamos en el Limbo, pues el Limbo pensamos que ha de ser un dormir sin despertar; no emitimos este aserto como hijo de la ortodoxia, sino como parto de la fantasía.

Solo las apariciones aman la noche, y esto porque saben que las desprestigian los rayos del sol, esas pestañas del grande ojo del firmamento que todo lo vé, hasta á sí mismo en su grande espejo el mar.

Verdad es que la noche sombría y estéril tiene entre las flores, como pudiera tenerlos una bella y poderosa Princesa, su *galan* y su *dama*; esto solo

probará que hasta en las flores, brotes del corazón de la tierra, á las que da el sol colores y fragancia, las hay extravagantes ó *escéntricas*, para espresarnos con elegancia. Tenemos en poco la elegancia *esterna*, porque tiene la suerte de otras cosas tan facticias como ella, de empezar arriba y de acabar abajo, al revés de las verdades espresadas por el buen sentido popular en sentencias, refranes y máximas, que empiezan abajo y acaban arriba.

Para protestar alta y decididamente contra la Noche, esa tétrica madre de las tinieblas y de las tristezas, y demostrar á qué extremo somos apasionados de su contrario el claro y alegre Día, diremos que si estuviere en nuestra mano elegir nombre, caso de ser femenino, habríamos elegido en el siglo del Cid el nombre de Doña Sol; en el siglo pasado el de Señora Doña María de la Luz, y en el presente el de Señorita Clara; si masculino, habríamos elegido el de Febo, que significa luz y vida.

Si pudiéramos imitar á los hombres grandes, imitaríamos á Prometeo, aunque despues nos royeran los buitres las entrañas.

Si pudiésemos competir con Hércules en hacer trabajos y obras estupendas, haríamos las siguientes:

Restauraríamos el templo del Sol en el Perú.

Hariamos á las nubes pasar por encima, en lugar de por debajo del Sol.

Quitariamos á las noches las tijeras con que acortan los días.

Beatificaríamos en toda conciencia á los faros.

Erigiríamos una estatua á Josué.

Premiaríamos á las abejas que fabrican la cera con una cruz de mérito; colgaríamos á los olivos que producen el aceite una medalla de honor, y concederíamos al inventor del gas el título de *Duque*.

Todas las luces nos agradan, y alegran menos las de los fuegos fátuos que sacan á los viajeros de la buena senda para hundirlos en pantanos; todas las luces nos agradan y alegran, empezando por la luz de la razón, la más clara de todas, y acabando por los fósforos, que son los granujas de las luces, por más que lo mismo que estos, unas veces queriendo y otras sin querer, causen graves daños.

Por consiguiente nos disgustan los quita-luces, las pantallas, los apagadores y los quita-soles.

Tienen nuestra preferencia y simpatías:

Entre los oficios, el de farolero.

Entre los insectos, la luciérnaga.

Entre las plantas, la lucérnula.
Entre los países de la India, Bengala.
Entre los Emperadores, el de la China, como hijo
del Sol.

Entre las notas de música, la quinta en la escala.
Entre los festejos públicos, las luminarias.
Entre los regocijos, las hogueras de San Juan.
Entre las Academias, la Española, porque *da es-*
plendor.

Entre las Hermandades, la de Luz y vela.
Entre las divisas, la de Luis XIV.
Y es nuestra más ferviente plegaria cotidiana la
de que Dios ilumine nuestro entendimiento.

FERNAN-CABALLERO.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS.

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO ORIENTALISTA

Sr. D. LEON CARBONERO Y SOL.

I.

Llega á mis hogares, llega,
Mensajera de la dicha;
Llega, llega presurosa
Desde la africana orilla.
Ya los campos primavera
Con verde alfombra matiza,
Y ya en mi vergel, do brotan
La rosa y la siempreviva,
De madre selva cubierto
Se ve el torreón do anidas.
Ansiando estaba tu vuelta,
Bella y plácidaavecilla,
Y ayer al oír tu canto,
Llena el alma de alegría,
Salté del lecho gozoso
Por darte la bienvenida.

Era yo niño, y mi madre
Al verte, me dijo un día:
«Respetas siempre, hijo mío,
Á las pobres golondrinas.
Que á nuestro hogar ellas traen
La felicidad perdida.»
Esto dijo, y desde entonces
Te idolatró el alma mía.
Hora tras hora pasaba,

Horas por mi mal ya idas,
Oyendo tus dulces trinos,
Tu parlera *algarabía*,
Y viendo cómo alentabas
De tus hijuelos la vida,
Más, ¡ah! que vino el otoño
Con sus nieblas y sus brisas,
Y solo encontré tu nido
Que al África te partías,
En tanto que yo anhelante
Por las sendas escondidas
De mi vergel, te buscaba
Como á mi más tierna amiga.
¡Ay! yo pregunté á mi madre (1)
Por ver si de tí sabía,
Y me respondió: «Hijo mío,
No busques las golondrinas,
Que esta mañana se fueron
Del mar á la opuesta orilla.»
Lágrimas derramé entonces
Creyéndote ya perdida,
Que ardientes se deslizaron
Por mis pálidas mejillas.

II.

Al verme llorar mi madre,
Por consolarme, decía:
«Reza, hijo mío, á la Virgen
Que ella de tí condolida,
Hará que otro año vuelvan
Tus amadas golondrinas.»
Y recé con fé profunda,
Y la viajeraavecilla
Al llegar la primavera
Vino á posarse tranquila
En el árbol donde canta
Y enamorada suspira.
Muchos años há que ha vuelto
Después de aquel triste día,
En que huyendo del invierno
Partiera á remotos climas;
Y júzgome venturoso
Si en mis hogares anida,
Que siempre me trajo ella
Felicidad y alegría.

(1) Este pensamiento y otro análogo del romance siguiente, están tomados de la bella obra que con el título de *Guirnalda de la inocencia* publicó hace tiempo el Sr. Carbonero.

Más, ¡ah! que yermos los campos
 Con dolor veo, y caídas
 De los álamos las hojas
 Al partir las golondrinas.
 Siempre que las ví ausentarse
 Tuve que llorar desdichas,
 Ya la muerte de mi blanca
 Y amorosa tortolilla,
 Ó ya del bóreas rugiente
 Las furiosas embestidas
 Conque tronchó de mi huerto
 Las flores de más valía,
 Una vez cuando dichosa
 Con Laura, mi dulce amiga,
 De un amor puro gozaba
 En grata paz y delicias,
 Partió al otoño cual siempre
 Del África á las colinas,
 El ave que mi alma adora
 Y á poco la muerte impía
 Llevose á mi tierna Laura
 Dejándome al par sin vida.
 Entonces ¡ay! de mis ojos
 Las lágrimas que vertía,
 Silenciosas resbalaron
Por mis pálidas mejillas.

III.

Si vienes hoy á traerme
 Mi felicidad perdida,
 Llega presurosa, llega,
 Mensajera de la dicha.
 Ven otra vez de mis lares
 Á tu mansion favorita,
 Más si al llegar el otoño
 De tu presencia me privas,
 No te lleves cautelosa
 De mi casa la alegría.
 Sí, tiempo es ya que mi alma
 Tregua á sus dolores pida.
 Que mucho sufrió en tu ausencia
 Y aun no es feliz todavía.
 Por eso ayer al sentirte
 Gozoso vi tu venida,
 Que nueva aurora mi mente
 De paz y amor adivina.
 Canta, golondrina, canta,
 Cual en mi niñez lo hacías;
 Canta de mi hogar tranquilo

Por la sombra protegida;
 Y si en el otoño huyes
 Del mar á la opuesta orilla,
 No más con tu triste ausencia
 Renazcan las penas mías,
 Ni ardientes lágrimas corran
Por mis pálidas mejillas.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

EL PILAR DE LOS ÁNGELES.

Cayo Calígula se sentaba en el trono de los Césares; el águila romana cerníase victoriosa sobre el mundo.

Érase una noche tranquila como la conciencia del justo.

La luna reflejaba sus rayos en las cristalinas aguas del Ebro.

Záragoza, la favorita del Emperador Augusto, se envuelve voluptuosa en su manto de nieblas, mirándose indolente en el gran río que murmura á sus plantas.

Morfeo ha estendido su dominio desde el palacio del prócer á la cabaña del siervo; pero todos duermen.

Junto á la orilla del Ebro véense nueve hombres de humilde condicion que, agrupados en torno de otro, escuchan con respeto sus palabras.

Miembros oscuros de aquella familia errante y perseguida, nacida al pié de un suplicio, y que, á pesar de enrojecer millares de veces la arena del circo ó el hacha de los lictores, siempre se alzaba ansiosa de comprar con su vida la corona del martirio.

Aquellos misteriosos personajes eran nuevos adictos á la ley del Salvador, que escuchaban con recogimiento las palabras de su maestro, del bienaventurado Santiago el Mayor, que desde los arenales de Palestina se habia trasladado á los fértiles campos de Aragon en busca siempre de prosélitos.

El canto del gallo acababa de anunciar la media noche: de repente, y cuando más absorbidos se hallaban los cristianos en sus oraciones, una luz blanca como la de la alborada comenzó á iluminar aquellos sitios, al mismo tiempo que resonó en el espacio una música dulce y misteriosa.

Santiago y sus discípulos se levantan asombra-

dos, y vuelven á caer de rodillas cediendo á desconocido impulso.

Una densa niebla, de la que salian vivos y deslumbrantes resplandores, les envolvió prontamente; esta nube brillante, rasgándose en fulgores de plata, dejó ver en su centro á la Madre del Redentor cercada de su corte de Angeles, como la luna con su corte de estrellas.

¡Cuán hermosa apareció al Apóstol y sus convertidos (1) la Paloma de Jehová! Su frente, pura como la azucena, brillaba con la claridad del lucero de la tarde, y sus ojos derramaban luz, consuelo y esperanza.

Recostada sobre una columna de piedra mármol, la Virgen María abrió sus labios, y con una voz más dulce que los suspiros de la brisa, dijo á Santiago:

«Hé aquí, hijo Diego, el lugar señalado y destinado á mi honra, en el cual, por tu industria y memoria mia, sea mi iglesia edificada. Atiende á este pilar en que está mi imagen, porque ciertamente mi Hijo y tu Maestro lo ha enviado por mano de sus Angeles: junto á él sentarás el altar de la capilla, en cuyo lugar, por mis ruegos, la virtud *del muy alto* obrará prodigios admirables, especialmente en aquellos que invocaren mi favor. Y estará el Pilar en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltará en esta ciudad quien venera el nombre de Jesucristo mi Hijo (2),» dijo la Virgen, y el espacio se llenó de armonías.

Arrobados de celestial fruicion el Apóstol y sus discípulos, hundieron sus frentes en el polvo, que regaron con llanto de agradecimiento; al recobrar sus sentidos, creyeron que todo habia sido un sueño; pero allí quedaba para persuadirles de la realidad la misteriosa columna sobre la cual se alzaba la sagrada imagen, formada de una madera desconocida (3).

El traje de la Virgen consiste en un gentil ropaje dorado y cerrado con botoncillos hasta lo alto de la garganta; su ropa, ceñida á la cintura por una correa, descende majestuosa hasta cubrir sus diminutos piés, calzados con sandalias de punta; en su seno

estrecha un niño desnudo con las piernecitas cruzadas, que con la mano izquierda sujeta un pajarillo, y con la derecha, estendida sobre el pecho de su Madre, asiendo la túnica de la misma Señora.

Á poco tiempo del prodigio, una humilde capilla cobijaba á la sacrosanta aparición.

Y pasaron los siglos, y con ellos creció en grandezas el tabernáculo de *María*.

Y llegaron los vándalos y los suevos, arrastrando naciones enteras, como el bramador torrente salido de cáuce; y los godos siguieron á su vez á estas huestes destructoras, y el *Pilar de los angeles* resistió á todas aquellas tempestades que rugían amenazadoras en su derredor; y los moros, esos hijos del Desierto, sin más ley que la punta de su lanza, pasaron respetuosamente junto á la capilla angélica sin atreverse á prohibir á los cristianos el culto de la divina imagen, y ni vándalos ni suevos, godos ni musulmanes osaron arrancar una sola de las muchas y ricas joyas que la munificencia de los hombres depositaba á las plantas de la Reina de los Cielos.

El nombre de *La Virgen del Pilar* ha sido siempre el escudo de los zaragozanos, y hasta en medio del fuego del combate, cuando entre arroyos de sangre y humeantes ruinas sostenian su independencia haciendo temblar las huestes de Napoleon, al nombre de la Virgen los mas débiles se tornaban en héroes y sucumbian gustosos si al exhalar el postrer suspiro alcanzaban á ver sus ojos el blanco estandarte con la sagrada imagen, que ondeaba clavado sobre los cadáveres y escombros.

Purísima tradicion que encierra la historia entera de un pueblo católico y entusiasta, de un pueblo que en el Sagrado Pilar vé cifradas todas sus hazañas, todas sus glorias, todas sus esperanzas.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

MADRIGAL.

Ojos que me provocais,
Lábios que me conmoveis,
¿Por qué si bien me quereis
De tal modo me tratáis?
¿Por qué cuando me mirais,
¿Por qué cuando sonreis
Mi amante pecho partís?

(1) Se nombraban Atanasio, Teodoro, Torcuato, Iscio, Eufasio, Tesifon, Indalecio, Segundo y Celio.

(2) San Braulio, Calixto, III, Clemente VIII, Lucio Dextro, Marco Máximo, Vicencio Balnacense, Fray Antonio Arbiol, Fray Salvador Gilabert, Padre Martin del Rio, Padre Murillo, etc.

(3) No ha podido ser clasificada: dúdase entre el junco, el corcho y el sauco; de todos modos asombra no observar en ella una sola señal que marque los centenares de años de su existencia.

Ojos y lábios que admiro,
¿Qué pensáis cuando suspiro?
Cuando lloro ¿qué sentís?

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

¡POBRES ANGELES SIN MADRE!

(Conclusion.)

La tempestad pasó; pero el alma de la jóven fué herida cruelmente.

El hombre no salió de aquella humilde casita en tres días. Estaba enfermo. Le hubieran atacado unas convulsiones terribles; y la jóven fué á avisar á los señores de Beneficencia para que viniese un médico y le prestase auxilio.

El marinero, que era un jóven alto, moreno, de blancos dientes, como negros ojos, dijo ser de Moquetas, y aún manifestó deseos de avisar á su familia; pero, ¿quién se lanzaba al mar en aquellos días, ni quién iba por tierra?

Allí permaneció hasta que dejaron de silbar los aires y la desenvuelta mar recogió los desenfundados pliegues de su vestido.

Entonces el jóven partió, y madre é hija le dieron un estrecho abrazo.

Una larga novela fueron estos amores: todas las tardes se sentaba la niña junto á las olas, mientras su madre iba á llevar el trabajo, y una ligera lancha venía á lo lejos, que alegraba su corazón y dilataba su alma.

El apuesto marinero saltaba en tierra, y ambos echaban á andar hácia la casita, donde tenían dulces pláticas de amores, que la inocente muchacha como un oráculo escuchaba embebecida.

Antes que la descuidada madre volviese, saltaba el marino con gracia á su hamaca flotante, y empezaba á batir los remos y á entonar estas ú otras canciones análogas á su amor:

«De tu lado no me voy
Aunque se va mi barquilla,
Que siempre llevo en el alma
La imágen de mi María.
Mañana al ponerse el sol
Volveré á la playa, niña,
Aunque amenace borrasca
Y las olas se resistan.

Que para aquel que bien quiere
La mar es pequeña arista,
Y los fieros huracanes
Graciosas y frescas brisas.»

Con estas y otras ponderaciones y juramentos por el estilo se retiraba siempre el arrogante mancebo dejando el veneno de la seducción en el pecho de aquella infeliz.

¡Y qué débiles son las mujeres!
¡Y qué flaquezas cometen!
¡Y qué culpables y qué frágiles!
¡Y qué criminales y qué perversas!

Esos serian los epítetos con que más tarde calificarían á aquella pobre mujer los que la vieran cruzar una noche las desiertas calles de aquella ciudad, llevando en sus brazos un bulto, que depositó en el torno de una casa llamada de *Caridad*.

El bulto se movía y lloraba, y la mujer llevaba hecho pedazos el corazón.

Cuando lo colocó en la urna de los desamparados, cayó contra la pared, hiriéndose la cabeza.

Allí estuvo muchas horas sin sentido, tendiendo los brazos hácia el sitio por donde había desaparecido la mitad de su alma.

¡Pobre María del Mar! Su madre la creía velando á aquellas horas á una amiga enferma.

Su madre no la maldeciría.

La sociedad no la señalaría con su dedo implacable de hierro; pero al saber su crimen la llamaría infame, desnaturalizada, cruel.

Se la confundiría con la pantera, con la leona, con la loba. ¡No! no hay epítetos que basten á calificar un hecho tan desapiadado!....

Pero ella mentiría, fingiría, ocultaría su crimen.... ¡Pobres mujeres!.... ¡ó perversas, ó falsarias, ó culpables, ó deshonradas!....

¡Infeliz María, é infeliz toda mujer que falta á sus deberes!

Si su madre hubiese sabido su deshonor, la habría maltratado, apostrofado, enaltecido quizás.

El mundo no hubiera hecho mucho menos con ella; pero el amante que la había abandonado sin piedad, que no volvió á traer su barquilla por aquellas riberas, y á quien aguardó la infeliz día por día, noche por noche, desesperada y llorosa, cruzaría otras playas cantando gozoso:

Libre soy como el aire,
Salto ligero,
Que no temen á nadie

Los bateleros.
Viva esa rubia,
Que las que son morenas
Ya no me gustan.

—
Hizo Dios á los hombres
Como los vientos,
Por eso siempre corren
En su elemento.
¡Tristes mujeres,
Que son de sus caprichos
Pobres juguetes!

María acababa de cometer un pecado horroroso, y su conciencia la daba gritos horribles.

Bien podía la sociedad consolarse del crimen de esta muchacha; porque tenía el verdugo y el juez en la cárcel de su pecho: el uno con la pluma, y el otro con la cuchilla, sin dejarla respirar.

Es cierto que hay mujeres malvadas; pero ¿no será también verdad que hay muchas infelices como María?

¡Era tan anciana su madre!

¡Hubiera muerto de dolor viendo la frente de su hija manchada!

Por eso María lloraba en silencio, é iba por las tardes á orillas del mar, aún con la esperanza de ver venir á su seductor.

Pero hay hombres con corazón de hiena, y aquel marinero lo tenía de onza, que es todavía peor.

Unas olas se sucedían á otras olas, unas lanchas á otras lanchas, y en ninguna venía él.

Todas las tardes aumentaba María las aguas de las orillas con su desolado llanto.

— ¡Qué tonta! dirían los que la vieran llorar.

— ¡Qué estúpidos, y qué malos, contestaría la razón sana al oír este frío dictado.

Lo cierto es que en este abandono tuvo la pobre María que sufrir otro dolor: murió su madre.

María era ya libre.

Acabada de enterrar, y cubiertos aquellos puñados de tierra con el llanto de su hija desventurada, corrió esta á la casa de la Caridad; pero por más que quiso buscar á su hijo, no le halló.

Todos eran iguales; todos lloraban con desconsuelo, y todos tenían en la frente el signo de la orfandad.

María no encontró el hijo de su alma.

Una tarde..... el día de la Virgen del Mar, todas las embarcaciones se empavesaron, todas las bande-

ras se desplegaron al viento, y todos los marineros se vistieron de gala.

Las lanchas estaban vistosamente admirables.

Las hermosísimas hijas de Almería, con sus ojos de fuego, sus frentes de mármol y sus bocas de flor de granado encendido, lucían sus ligeros trajes, sus ondulantes cabellos entretejidos de flores, y sus talles esbeltos, al compás de las barcas que las llevaban á dar un delicioso paseo por aquellas orillas, bañadas por los últimos rayos del sol.

Una lancha se deslizó á lo largo del muelle, donde iba una pareja feliz.

Era un marinero de tostado rostro, ardientes ojos y gallardo cuerpo, que lucía airoso y gentil, mientras llevaba el cuidado de los remos.

Una graciosa jóven, sentada frente á él, le miraba con amor.

Cuando pasaron cerca del embarcadero, miraron los dos con orgullo á los que les veían pasar.

Una mujer dió un grito, y cayó sin sentido.

Era María del Mar que había reconocido á su amante.

El malvado pasó sonriendo por aquellos sitios donde otras veces le juraba amor.

Iba con su esposa, con la que era su prometida ya cuando sedujo á María.

.....
¡Castigue la sociedad solo á la mujer! ¡Maldiga su perversidad y su flaqueza!....

¡Lleve ella sola las culpas de la deshonra y el crimen!

¡Maldígase la madre que abandona su hijo!....

¡Bien hecho! más merecen las que no tomen ejemplo de la pobre María, y tengan corazón para creer las protestas de los que con tanta crueldad abandonan los más santos deberes.

Sea el sambenito eternamente el traje de la mujer, y la bandera de la libertad el atributo del hombre.

¡Llore María, y cante el marino!....

Que hay en el mundo aciago

Muchas Marías,

Y muchos marineros

Almas de arpia.

Pero ellas solas

Llévense los castigos

Que las impongan.

ROGELIA LEON.

CON SANGRE EL HONOR SE VENGA.

TRADICION DEL SIGLO XI.

I.

Existía á pocas leguas de Búrgos un delicioso valle, donde la naturaleza habia amontonado sus más hermosas galas, sus más pintadas flores, y sus más preciosos encantos.

Un pequeño y cristalino riachuelo le fertiliza, deslizándose suavemente, como una cinta de bruñida plata, por medio de la alfombra de flores y verdura que cubre tan delicioso como ameno sitio.

Pues bien; allí, junto á un cerrado bosque de avellanos y de robles, alzabase una espaciosa cabaña, de pajizo techo y de aspecto escesivamente poético.

Esta cabaña encontrábase habitada por el anciano labrador Andrés y sus dos hijos Juan y María.

Una cordillera de verdes colinas corta el valle por la parte Norte, sirviéndole como de florido muro, contrastando notablemente con un promontorio de negras y peladas rocas que le terminan por el lado opuesto, sobre cuyo más erizado piso se eleva como un gigante de granito un robusto castillo de pardos y musgosos sillares.

Aquella fortaleza, cercada de anchos fosos y circuida de robustos muros y de cuadradas torres, era la morada del poderoso caballero D. Rodrigo de Guzman y Valenzuela, señor de todos aquellos dominios.

En aquel valle tan ameno, Andrés y sus hijos pasaban su vida destinados esclusivamente al cultivo de sus tierras, sin que su sosiego fuese turbado sino cuando las trompas de guerra del señor feudal, haciéndole trocar el arado ó la esteva por la pica, los llamaba á campaña en pos de sus estandartes.

Cuando llegaba este caso, Juan, que contaba ya veinticinco años, ceñíase la espada, y embrazando el escudo que habia servido á su padre durante su juventud, partía de aquella deliciosa morada entre las bendiciones y los lágrimas de su familia.

II.

Una de estas ocasiones llegó al empezar el año de 1071.

La trompa de guerra asordó con sus ecos el valle, y Juan acudió presuroso, como siempre, á ocupar su puesto.

El Sr. de Guzman, dejando en el castillo á su úni-

co hijo D. Gonzalo, que por lo endeble de su constitución no servía para regir un caballo ni empuñar una lanza, partió al frente de sus vasallos á unirse al rey, con objeto de ayudarle en la campaña que iba á abrir. D. Sancho, monarca á la sazón de Castilla, habia concebido el pensamiento de agrupar bajo su cetro los diversos Estados que su padre D. Fernando dejara á sus hermanos Alfonso, García, Urraca y Elvira.

Este proyecto, fijo en la mente del monarca desde que vió lo dispuesto en el testamento de su padre, y refrenado mientras la reina viuda tuvo vida, púsose en planta en el momento que la fria losa del sepulcro cubrió los restos de tan augusta señora.

D. Sancho, sin dique ya que le contuviera, no titubeó un instante en poner en planta su deseo, y desplegando sus banderas, al frente de sus nobles y vasallos, rompió en son de guerra por las fronteras de Leon.

Para servir en esta empresa, fué para lo que á la cabeza de sus deudos acudió el de Guzman á reunirse con el monarca.

Los lances de esta campaña fueron varios, pero la victoria acarició casi siempre las banderas castellanas.

En Golpear fué el combate decisivo.

D. Alfonso y D. Sancho, al frente cada uno de un respetable ejército, encontráronse resueltos á terminar en aquel día sus querellas, y con un ardor indecible se trabó la lucha.

En lo más sangriento de la liza, D. Rodrigo, que con sus vasallos peleaba en la primera fila, precipitado por su fogoso alazan, vióse sin poder remediarlo en medio de los escuadrones enemigos.

Mil aceros alzábanse sobre su cabeza dispuestos á abrirle la tumba, y aunque él se defendía con la rabia de un leon acosado, su brio era inútil.

Las piezas de su arnés caían hechas pedazos á los golpes de las armas enemigas.

La sangre manaba ya de su pecho cubierto de heridas, y la muerte cernía sus negras alas sobre la frente de aquel guerrero tan arrojado, tan audaz.

Entonces, cuando ya no quedaba al de Guzman ninguna esperanza, pues hasta la hueste castellana, acosada por las lanzas leonesas, se ponía en desordenada fuga, la Providencia hizo que el jóven Juan le distinguiera en medio del polvo del combate, y que resuelto á todo se arrojara en su ayuda seguido de algunos compañeros.

La suerte coronó sus esfuerzos, y D. Rodrigo se salvó.

La noche puso término á la lucha de aquel día tan fatal para D. Sancho, que dejó hasta sus tiendas en poder de los soldados vencedores de D. Alfonso.

Pero este monarca, convencido de la pérdida que el castellano sufriera durante la lucha, prohibió á los suyos continuar el alcance, deseoso solo de economizar sangre cristiana, y satisfecho de su noble porte, acampó descuidado en los reales cogidos al enemigo.

Pero D. Sancho no era hombre á quien un revés de la suerte abatiera, así que, habiendo tenido noticia de la confianza con que su hermano descansaba, rehizo su destrozada hueste, y protegido por la oscuridad cayó de repente sobre los confiados vencedores de tal manera, que sin darles tiempo para ponerse en defensa, sembró entre ellos la confusion y el espanto.

Los leoneses fueron bien pronto rotos y deshechos, quedando su rey prisionero.

Así terminó aquella fratricida guerra, alimentada por la ambicion de D. Sancho.

Las mesnadas fueron despedidas, y D. Rodrigo de Guzman tornó á sus dominios seguido de sus vasallos.

Juan, ansioso de abrazar á su familia, atravesaba al cerrar la noche el pintoresco valle que al principio describimos, sin temor á la tormenta que rugía en el cielo, al huracan que tronchaba las ramas de los árboles, y al agua que, descendiendo de las nubes con una fuerza temible, azotaba la tierra, formando espumosos arroyos que se perdian en el antes tranquilo riachuelo, trasformándole ahora en despeñado torrente.

Pero el hijo de Andrés nada reparaba, y rápido como el relámpago, cuya luz le servia de antorcha en aquella densa oscuridad, avanzaba hácia su cabaña.

Un grito de alegría se escapó de su pecho al distinguir, aunque envuelto entre las sombras, el bosque de robles que le sirve de resguardo.

Apresura el paso, llega, y un espectáculo aterrador se presenta á su ojos.

Su cabaña habia desaparecido, y en su lugar se encuentra solo un monton de ennegrecidos escombros.

Desatentado, loco, sin poder creer lo que contempla, empieza á vagar en torno de aquel sitio, para él

tan querido, hasta que al pasar por bajo de uno de los robles próximos tropieza con un cadáver que pendia de sus ramas, y que la oscuridad no le habia permitido distinguir.

La luz de un relámpago ilumina aquel sombrío cuadro, y el jóven labrador cae al suelo desvanecido, transida su alma de pena

Aquel cadáver era el de su anciano padre.

La ira y el deseo de venganza ahogan al poco tiempo en el corazon de Juan el dolor que le martiriza.

Entonces se alza del suelo, descuelga con calma el cadáver del autor de sus dias, y despues de besar con el mayor respeto su venerable rostro, le da sepultura.

Terminada tan fúnebre operacion, parte de aquel sitio resuelto á saberlo todo.

Su padre habia muerto, pero ¿qué habia sido de su hermana....?

Juan, trastornado por su dolor, vagaba al acaso sin dirigirse á un punto fijo.

La noche seguia oscura como su suerte.

La tormenta desplegaba todo su salvaje poder.

El trueno rodaba en el espacio, retumbando en las concavidades de las rocas.

El relámpago ardia á intervalos, iluminando con su luz sulfurosa el valle de una manera fantástica.

El agua seguia cayendo como si las cataratas del cielo hubieran rasgado sus oscuros senos.

El viento silbaba entre los robles y los avellanos, haciendo saltar las ramas con terrible estruendo, y en medio de aquel concierto infernal el desdichado jóven vagaba como una sombra maldita, sintiendo dentro de su pecho una tormenta mucho mayor que la que agitaba al mundo.

El agua empapaba sus vestidos, el relámpago cegaba sus ojos, y el cansancio iba agotando sus fuerzas.

Entonces distinguió una luz en medio de tantas tinieblas, y con incierto paso se dirigió á ella en busca de abrigo.

Aquella luz procedia de una cabaña de pastores.

Llegó, pidió albergue, y al momento le fué facilitado.

Pero al repasar el dintel de aquella humilde choza, una escena tan desconsoladora, tan terrible como la que sufrió al encontrarse el cadáver de su padre se ofreció á su vista.

Sobre un lecho de paja encontrábase una jóven

pálida, demacrada y moribunda, con el cabello suelto, las facciones contraídas y la mirada vaga.

Aquella jóven era María, su hermana María.

Al reconocerla, un grito desgarrador salió de los labios de Juan, que con los brazos abiertos se dirigió á estrecharla, pero ella le rechazó de una manera nerviosa, exclamando:

—¡Atrás, D. Gonzalo! ¡Atrás, infame seductor! ¡Cobarde asesino!

Después de estas exclamaciones lanzó una cargada seca, ruidosa, y se quedó inmóvil como una estatua de mármol.

La pobre jóven no reconocía á su hermano: estaba loca.

Al día siguiente, María dejó de existir, sin que Juan tuviese el consuelo de haber sido reconocido, y sin haber pronunziado más palabras que ¡atrás, don Gonzalo! ¡atrás! seguidas siempre de histéricas cargadas.

III.

Muerta la inocente hija de Andrés, su hermano, rendido al peso de tantos infortunios, estuvo á punto de sucumbir á tan rudas pruebas; pero su naturaleza robusta y su lozana juventud triunfaron de todo, y entonces los pastores, en cuya cabaña se encontraba, le contaron cuanto habia sucedido desde su marcha á la guerra.

El hijo del señor feudal, el débil y enfermizo D. Gonzalo, que, como ya sabemos, habíase quedado en el castillo, salía todas las tardes con sus halcones á cazar en los bosques cercanos. Un día, fatigado de aquel ejercicio tan activo para su débil y enfermiza naturaleza, se reclinó á descansar á la sombra de un grupo de sauces que crece á la márgen placentera del riachuelo que fecunda el valle.

El anciano Labrador Andrés, asido del brazo de su jóven hija, habia salido tambien con objeto de aspirar el fresco ambiente que allí se respira á la caída de la tarde.

Esta casualidad hizo que D. Gonzalo viese á María, y que, deslumbrado por su rara hermosura, sintiese dentro de su pecho la criminal intencion de poseerla; y como en aquel tiempo para una persona de su alcurnia querer era poder, no tardó en conseguir por fuerza lo que jamás hubiera alcanzado con el oro ó la seducción.

Una noche el anciano Andrés hallábase en su cabaña sentado junto al hogar, refiriendo á su hija los diversos lances que le ocurrieron durante sus

campanas, gozando, como gozan todos los ancianos, recordando los momentos de su juventud, cuando resonaron dos golpes en la puerta de aquella rústica vivienda.

—Quien vá, preguntó el Labrador.

—Unos viajeros que, perdidos en las tinieblas y estenuados de fatiga os rogamos nos concedais hospitalidad, contestaron desde fuera.

—Mi humilde choza siempre está abierta al viajero y al peregrino, respondió Andrés franqueando la puerta.

Entonces cuatro encubiertos se arrojaron sobre él, mientras otros dos se precipitaban sobre su hija, que cayó desmayada de espanto.

—¡Miserables! gritó con voz terrible el anciano procurando rechazar á sus acometedores; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

El era débil y solo, y ellos jóvenes y robustos, de manera que bien pronto se encontró atado y cubierta la boca con un lienzo.

Los raptores huyeron con su presa dejando al pobre Labrador tendido á la puerta de su cabaña, con el alma muerta de agonía.

Allí permaneció hasta que al amanecer fué descubierto por el pastor en cuya choza se encontraba Juan, quien viéndole próximo á ahogarse sofocado por el lienzo con que le cubrieron, movido de compasion, cortó las cuerdas que sujetaban sus brazos.

Entonces el anciano enteró á su libertador de todo, pero sin poder decirle quiénes fueran los autores de tan inicuo atentado, porque no habia conocido á ninguno.

Pero bien pronto se disiparon sus dudas, y su corazon latió apresurado al ver en medio de la estancia una lujosa limosnera de terciopelo azul bordada de perlas y oro, en cuyo centro se ostentaba el escudo de los Guzmanes.

El pobre viejo se arrojó sobre aquella prenda, lanzando un grito indefinible.

Aquel hallazgo era para el desesperado padre una luz que disipaba por completo las sombras que cubrian el rapto de su hija.

—Esta limosnera es de D. Gonzalo, pensó para sí Andrés, la reconozco, porque se la he visto usar de continuo; luego el se encontraba á no dudarlo entre los raptores de mi María.

Y fijo en esta idea, guardó aquella prenda, tomó su báculo, y con paso firme y corazon entero dirigióse al castillo resuelto á recobrar su hija.

Su hija, que era la alegría de su corazón, el consuelo de su vejez, y sin la cual su vida hubiera sido un árido desierto de penas.

Al atravesar el valle descubrió un grupo de ginetes armados que, envueltos entre una nube de polvo avanzaban á rienda suelta.

Al poco tiempo vióse cercado por una docena de servidores de D. Gonzalo, y oyó una voz que decía:

—Este es el ladrón, prendedle.

Andrés quiso contestar, pero antes que sus lábios pudiesen abrirse, uno de los ginetes le arrojó su lazo corrido al cuello, oprimiéndole tanto, que le privó de la palabra.

Entonces fué registrado, y al encontrarle en uno de los bolsillos del sayo la limosnera, el mismo que dió la orden de prenderle mandó se le ahorcase por ladrón á la puerta de su cabaña.

Esta orden fué inmediatamente cumplida; aquellos infames aplicaron los acicates á sus caballos, y los brutos, partiendo con la velocidad del torrente, arrastraron en pos de sí al pobre anciano, que dejaba los pedazos de sus carnes entre las piedras y los arbustos del camino.

Madia hora despues, su cadáver, horriblemente mutilado, se colgaba en el roble donde su hijo le encontró, y la cabaña era entregada á las llamas.

Aquella bárbara determinación fué dictada por D. Gonzalo con objeto de borrar las huellas de su crimen.

Habia tenido noticias del próximo regreso de su padre, y no queria que existiese una persona que pudiera acusarle de tan infame modo de obrar.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

Los Filibusteros, zarzuela en tres actos y en prosa, letra del Sr. Moreno Gil, y música del maestro Moderatti.—Última función en el Coliseo de Oriente.—**El Tolson roto**, drama en tres actos y en verso, original de D. Antonio Hurtado.

El coliseo de la calle de Jovellanos nos ha ofrecido como novedad en la penúltima semana una zarzuela, en tres actos y en prosa, letra del Sr. Moreno Gil, y música del maestro Moderatti, que lleva por título *Los Filibusteros*, y con la cual se ha inaugurado allí el segundo período de la presente temporada teatral.

Empezando á ocuparnos del libreto, diremos que

abunda en situaciones dramáticas de bastante buen efecto, que hacen despertar desde luego el interés del público en sumo grado; pues aunque los caracteres se presentan algun tanto indecisos y no desarrollados completamente, la acción marcha con regularidad.

El trabajo del Sr. Moreno Gil en esta obra es muy apreciable, y le hace avanzar un paso más en la difícil carrera del teatro, que emprendió hace algun tiempo, recogiendo en distintas ocasiones justos y merecidos aplausos. En las circunstancias actuales, y cuando la zarzuela se ve tan decaída, que se dice piensa emigrar al extranjero, son dignos de elogio los esfuerzos de aquellos que, empleando su ingenio y y laboriosidad, hacen salir de su letargo un género con tanta fortuna inaugurado en España, y que por falta de autores y compositores se ve que está próximo á desaparecer.

El Sr. Moderatti, conocido ya ventajosamente por otras varias producciones, ha dado en la presente una prueba más, y sin duda la mejor de su excelente escuela é inspiración musical. Y al decir buena escuela, acaso envuelva esto un defecto que, si se quiere, proviene de ser la música que ha puesto en esta composición de un género demasiado elevado, y más propio de la ópera italiana que de nuestra zarzuela. Sin embargo, el Sr. Moderatti se ha sabido acomodar bastante al asunto, y en ciertos pasajes ha espresado perfectamente las situaciones con su inteligente y nutrida instrumentación.

En cuanto á la ejecución, debemos decir que no ha sido más que regular, habiéndose puesto algun tanto en evidencia las escasas facultades de los cantantes encargados de su representación. Debemos exceptuar, sin embargo, á la señorita Istúriz, que cantó muy bien su ária de salida, la cual es sin duda la pieza más bonita de toda la zarzuela, tanto por el acompañamiento á media voz del coro, que le da muy buen efecto, como por su corte festivo y entonación militar.

El Sr. Caltañazor desempeñó como siempre su importante y cómico papel.

Por último, haremos mención de las decoraciones pintadas por el Sr. Bragaldi, que son bastante agradables, aunque los efectos de la luz no están muy bien espresados en algunas de ellas, ni tampoco el proceloso mar que se presenta á la vista, cuyo color no nos ha parecido muy propio. Á pesar de esto, el conjunto es bueno y causan regular impresión.

El teatro Real, que termina hoy su temporada, nos ha ofrecido como última novedad la sin par ópera del inmortal Donizetti, titulada *Lucia*, que ha sido cantada primorosamente por la señorita Adelina Patti y por el tenor Sr. Stigelli. En cuanto á la primera, baste decir que desde su ária de salida en el primer acto, hasta la del delirio con que concluye en el tercero, no dejó de entusiasmar al numeroso público, que no sabia ya en qué forma espresar su emocion. El Sr. Stigelli coadyuvó notablemente al éxito de la ópera, desempeñando muy bien su parte y dando relevantes pruebas de sus buenas cualidades.

La despedida de la señorita Patti con la funcion dada á su beneficio ha sido otro acontecimiento teatral que tardará mucho en borrarse de la memoria de los *dilletanti* que tuvieron la fortuna de escucharla. La beneficiada lució en la última representacion sus raras y portentosas dotes en los tres actos de las distintas óperas que eligió para cautivar á la multitud de espectadores que acudieron á oirla. Aquellos fueron el acto primero de la popular ópera de Verdi, titulada *Traviatta*, en que caracterizó con gracia y elegancia sumá la parte de Violeta; el acto tercero de *Lucia*, en el que, si cabe, estuvo más sublime; y, por último, el segundo del *Elixir de Amor*, donde caracterizó también con gran acierto la sencilla y graciosa aldeana.

A esta funcion se han sucedido otras durante la última semana, ya cantando por última vez algunas óperas de la temporada, ya con funciones de beneficio de las Sras. Spezia, Lagrange y Penco, con lo cual ha terminado sus compromisos por este año el regio coliseo. Deseamos que el año próximo cumpla el Sr. Bagier dignamente la obligacion que tiene contraída con el Gobierno, con sus abonados y con el numeroso público que tantos favores le ha dispensado; mantenga viva esta constante aficion que se desarrolla notablemente, y considere que cada temporada las exigencias han de ser mayores y más justas, por lo mismo que vemos que otra empresa que no cuenta con el apoyo oficial disfrutado por el Sr. Bagier nos dió anteriormente tan buenas funciones, aprestándose en la actualidad á inaugurar de nuevo sus trabajos.

En el coliseo del Príncipe se verificó el lunes último el estreno de un drama en tres actos y en verso, original del Sr. D. Antonio Hurtado. La representacion de esta obra dejó en nuestro ánimo una impre-

sion sumamente agradable. El trabajo del Sr. Hurtado es digno de ser conocido por los amantes del buen gusto y á la vez es tanto más digno de elogio, cuanto que habiendo estado ausente hace años de la corte el autor, desempeñando en provincias un puesto oficial, revela el amor que profesa al arte dramático, habiendo consagrado á su culto todo el tiempo que le ha dejado vacante su destino.

El éxito de esta obra fué brillante y merecido, habiendo recompensado el público los esfuerzos del autor con entusiastas aplausos. Los actores trabajaron con concidencia.

La importancia literaria de esta obra nos impone el deber de juzgarla con detenimiento, y reservamos nuestra opinion hasta el número próximo, en que, despues de haber tenido á la vista un ejemplar impreso, haremos su exámen con la imparcialidad acostumbrada.

LEANDRO A. HERRERO.

ESPLICACION DE LA PLANCHA

DE TAPICERÍA.

Dibujo para un reclinatorio: puede tambien servir para bolsa de viaje ó para silla de fumar: para una de estas dos cosas no hay más que suprimir la cifra religiosa que tiene en el centro.

Esta labor se hace en cañamazo grueso (llamado *Penélope*), y con lanas de Argelia ó Alemanas.

El fondo ó relleno de esta labor es encarnado; las uvas y las hojas son de varios colores, como se ve en el dibujo, pero los colores más claros deberán ser de seda para que haga mejor efecto.

Lo mejor de esta labor es el precioso conjunto que de ella resulta, unido á la estremada facilidad con que puede hacerse, siendo además una de las labores en que más distraccion hallarán nuestras jóvenes lectoras.

En otro número daremos el antepecho, que servirá de complemento á esta labor.

ADELAIDA MONTAGNOL.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.